

CAPITULO VI

LAS PIRÁMIDES

(PIRAMAH.)

Enero 19 de 1873.

LA familia irlandesa que habia salido de Nápoles en el «Egipto» juntamente conmigo, se alojaba casualmente en el Cairo en el mismo hotel de la «Esfinge.» Ella tambien pensaba ir á Palestina, y estaba de paso en Egipto como yo, tratando de conocer el mayor número de cosas en el menor tiempo posible. Dificultades muy grandes se le habian presentado para principiar sus excursiones, á causa de la escasez de carruajes y de los altos precios á que habia subido el alquiler de los pocos que se hallaban. Por esta razon el respetable Whake, jefe de la familia, me habia hablado muy temprano en la mañana al tomar el café, invitándome para que me reuniera con ellos á fin de que todos juntos hiciésemos los gastos del viaje á las Pirámides. Convine desde luego, y mi dragoman contrató un coche en ochenta francos (diez y seis pesos) por todo el dia, baratura increíble en aquellos dias calamitosos de movimiento desusado y fiestas públicas.

A las nueve de la mañana pudimos estar listos para salir del hotel. Béraud nos proporcionó un suculento almuerzo, destinado á ser toma-

do á la vista de las Pirámides. Fortunato se sentó al lado del coche-ro, yo al de M. Whake, las señoras frente á este y á mí, y partimos.

Bien pronto llegamos al Nilo cruzando la ciudad moderna, y pasando por el frente de uno de los palacios del virey, que se asienta á la orilla del rio, y que es una hermosa construccion de estilo moruno por la parte de adentro, aunque tosca y vulgar por la externa. Pasamos el Nilo por un magnífico puente de fierro, largo de 500 metros, giratorio hácia el uno de sus extremos, y de hermosura y esbellez admirables. Hace cuatro años no existia este puente todavía; así es que los viajeros que venian á conocer las Pirámides, hacian en borrico la caminata, y pasaban en barcas sobre las aguas del rio. Diez ó doce horas de ida y vuelta era el tiempo que se empleaba en esta expedicion mortal; espacio bastante largo para recibir harto polvo en los ojos y ser agobiado bajo el espantoso calor del sol del Desierto.

Ahora, como lo ven mis lectores, el camino se hace mas cómodamente. La civilizacion moderna comienza á enlazar sus obras con las de la civilizacion antigua. Sea para bien de los viajeros.

Al atravesar por el medio del puente, mis miradas se sumergian al norte y al sur, en el lejano horizonte, hasta donde iban á seguir indagadoras la corriente del rio. Al contemplar aquel caudal gigantesco de agua, no podia menos de pensar en el gran destino que ha tenido que cumplir el Nilo en este suelo durante el trascurso de los siglos. Los árabes, al mirar esta inmensa cantidad de agua, la han llamado en su lengua entusiasta «Bahr-el-Nil,» mar del Nilo, porque el nombre de rio, «mahr,» lo han encontrado demasiado pobre.

El Nilo, que es el rio mas caudaloso del antiguo mundo, viene de orígenes desconocidos. Segunda providencia del Egipto, es una entidad misteriosa, á manera tambien de la providencia celeste. Nace tal vez en la Abisinia y la Nigricia, pero nadie ha podido descubrir sus fuentes.

Los egipcios median los años por los periódicos crecimientos de

CAPITULO ALFONSO

su caudal. Las causas de estos desbordamientos eran desconocidas para los antiguos, que se imaginaban á este respecto multitud de fábulas. Actualmente se sabe cuáles son ellas, y que consisten en la abundancia de las lluvias que caen en la Etiopia. En Egipto no llueve sino rarísima vez; pero el Nilo, que se desborda é inunda los campos, fecundiza la tierra, depositando sobre ella una ligera capa de su limo bienhechor.

La industria del país ha abierto canales al Nilo, desde la mas remota antigüedad. Ellos tienen por objeto facilitar la inundacion y extenderla lo mas posible, dirigirla sábia y económicamente, y hacer vastos acopios de agua para el tiempo de escasez, que sobreviene cuando las lluvias no son abundantes en la Etiopia. Estos canales están cerrados con diques, que los cultivadores ó los empleados del gobierno abren cuando lo creen conveniente. En los tiempos de pobreza del Nilo, los diques permanecen cerrados, y el agua, en lugar de desbordarse, se filtra en la tierra y no vuelve á aparecer en la superficie sino por medio de norias, las cuales son movidas por bueyes, y que en el lenguaje del país son llamadas «sakihs.»

Además de los canales y «sakihs,» todas las poblaciones tienen sus correspondientes depósitos de agua. Los Faraones hicieron construir multitud de recipientes de esta clase, tallados muchos de ellos en la roca viva, lo que prueba que la irrigacion del suelo ha sido en todo tiempo el principal afan del gobierno del país.

Hay actualmente mas de cien canales grandes como rios navegables, hechos todos por la mano del hombre. Muchos de ellos tienen quince, veinte y aun treinta leguas de longitud, y dan agua á una infinidad de otros mas pequeños, que son como las venas y vasos capilares de estas arterias que llevan la vida á los campos. El Nilo, por consiguiente, es hoy en Egipto como lo ha sido siempre, el regulador de la riqueza pública.

Napoleon I en Santa Elena, dictando al conde Bertrand un párrafo obre la irrigacion del Egipto, se expresa de este modo:

«En ningun país la administracion tiene tanta influencia sobre la prosperidad pública. Si la administracion es buena, los canales están listos y el reparto del agua es sabio y justo; si es mala, los canales se ciegan, el agua se pierde y se reparte entre los favoritos Es lo que hace la diferencia del Egipto administrado bajo los Tolomeos, en decadencia ya bajo los romanos, y arruinado bajo los turcos. Para que la cosecha sea buena, es preciso que la inundacion no sea ni muy baja ni muy alta.»

El rey Mœris halló manera de remediar estos inconvenientes. Al oeste de la Pirámide de Meymun, en la provincia de Fayum, oasis separado del valle del Nilo, se encuentra el famoso lago Berket-el-Karau, inmenso recipiente que tuvo en otro tiempo cuarenta leguas de circuito, y se llamó el lago Mœris. Un príncipe de este nombre lo hizo construir con el objeto de recibir en él las aguas del Nilo cuando eran muy abundantes, y poder regar el Delta abriendo los diques, cuando las inundaciones fuesen insuficientes.

Los antiguos, amantes de exagerarlo todo, dieron á este lago ciento ochenta leguas de circuito y trescientos piés de profundidad. Dos pirámides, decian ellos, se elevaban trescientos piés, en medio de este lago, y una estatua colosal estaba colocada en la cúspide de cada una de ellas. Así se pretendia dar á conocer que las Pirámides habian sido hechas antes de que el hueco del lago hubiese sido llenado; que este era obra del hombre, y que habia sido hecho bajo el reinado de un solo príncipe.

Hoy no quedan miserables rastros de este gigantesco trabajo, superior, segun la opinion de los que lo conocieron, á las Pirámides y al Laberinto.

Como el pueblo está interesado en saber si el Nilo crece lo bastante, hay en la isla de Rhoda, en el Cairo, una columna llamada «mekyah» ó nilómetro, que sirve para medir el crecimiento del rio. Esta columna se asienta en un recipiente cuyo fondo está á nivel del lecho del rio, y eleva su capitel hasta cierta altura. Cuando la inun-

dacion comienza, el agua penetra en el recipiente por una abertura, y todas las mañanas anuncian los pregoneros á los habitantes del Cairo cuál ha sido el crecimiento del día. Cuando el agua cubre el capitel de la columna, la nueva se hace saber por medio de un cañonazo, y el pueblo se llena de alegría, y hay grandes fiestas y aclamaciones públicas.

Los reyes del antiguo Egipto establecieron tambien sus nilómetros, y se conservan todavía las ruinas de dos de ellos; de los que uno estaba en Menfis y otro en Siena.

Los paganos atribuian á Serapis las inundaciones del Nilo, y por lo mismo tenian colocado el nilómetro de Menfis en el templo de ese ídolo. Constantino hizo trasportar la columna á un templo cristiano de Alexandría. Los paganos se horrorizaron, pensando que indignado el dios, haria que escasearan las aguas del rio. Pero con grande asombro suyo las inundaciones de los años siguientes fueron como de ordinario. Juliano el apóstata, protector de la moribunda idolatría, hizo restituir el nilómetro al templo de Serapis, pero el gran Teodosio lo quitó de allí para siempre.—

Pasado que hubimos el puente, seguimos por una calzada costeadada de árboles, y bien pronto entramos en el camino cuyo arenoso terreno parece ser como la orla del Desierto, y conduce directamente á Ghiza.

Pero sucedió que los caballos que tiraban el coche estaban flacos, y que un cuarto de hora antes de llegar á nuestro destino se cansaron de tal suerte, que no queriendo obedecer voces ni látigo, se pararon en la mitad de la senda. Mi dragoman y yo descendimos entonces del vehículo á fin de aligerar la carga á los pobres brutos, y tras breve momento de descanso, las dos irlandesas y el irlandés continuaron en el coche su camino.

Fortunato y yo, en lugar de seguir la carretera que hacia zig-zag, escogimos la línea recta, «por ser la mas corta que puede tirarse de un punto á otro.» Bien pronto conocimos nuestro yerro. La are-

na movediza, como polvo pasado por tamiz, no presentaba ninguna resistencia á nuestras plantas, y antes de encontrar el punto de apoyo, nuestros piés se habian perdido entre ella. Excusado es decir que una marcha semejante es sumamente fatigosa. Al pié de las Pirámides, los vientos soplando durante miles de años, han hacinado enormes montones de arena; de suerte que la altura de ellas ha disminuido una cuarta parte por lo menos. Por uno de esos montones subí á lo que ahora forma el nivel del suelo donde se levantan las Pirámides. Cuando mi ascension hubo terminado, el sudor corria por mi frente y mi respiracion era anhelante.

En el instante mismo en que aparecí en la plataforma de las Pirámides, una muchedumbre de beduinos,—que sirven de conductores para subir á los colosos,—vino á mi encuentro. Los beduinos tienen un gefe, y con él se ajusta el precio de los servicios de aquellos. Fortunato, á fuer de experimentado en estos lances, hizo llamar al gefe sin prestar oido á los beduinos, y quedó convenido que dispondria yo de tres conductores para trepar á la Pirámide de Cheops, á razon de cinco francos por cada uno. A poco llegó el coche. Las irlandesas se empeñaron en subir tambien, á pesar de que les manifesté que semejante empresa era demasiado árdua para su sexo. Me contestaron que habian subido hasta la cumbre del Vesubio, y no hubo medio de disuadirlas de su idea. No tuvimos ni un momento de descanso. En el acto nos llevaron los beduinos al pié de las Pirámides, y comenzó el ascenso. Yo fuí el primero en comenzar á trepar, y dejé á las irlandesas y á M. Whake entregados en manos de sus conductores, lo cual me dió gran lástima.

Indecible satisfaccion experimenté al sentar la planta en los primeros escalones de la pirámide. He dicho escalones, y necesito explicarme. La destruccion superficial de las Pirámides ha dejado al descubierto las enormes piedras de la construccion. Por esta escalinata accidental é imperfecta se asciende; á la consideracion de mis lectores dejo el apreciar cuán difícil debe ser ascender por ella.

Empecé á subir con brio asombroso. Mis guías mismos no podían darme alcance; pero apenas habia llegado á la tercera parte del camino, cuando me sentí exhausto. A pesar de mi vanidad de hombre fuerte, me ví precisado á tomar un momento de respiro. No tengo á la verdad malas piernas; pero la marcha de doce minutos al través de la arena, me habia dejado rendido de cansancio.

Al llegar al pié de las Pirámides habia llevado en cierto modo una decepcion, pues las habia encontrado menos gigantescas que como esperaba. Y era que las veía levantarse en medio del Desierto y del cielo, y entre estas dos inmensidades empuñaban los colosos. Ahora que trepaba como un insecto por sus enormes laderas escarpadas, era cuando sentía, mejor que comprendía, su altura prodigiosa. Si elevaba mis ojos hacia la cumbre, me parecia que no habria de alcanzarla nunca. Si los bajaba hacia el suelo, sentía en mi cerebro el vértigo del abismo.

Mis guías no me permitieron tomar largo reposo. Trascurridos algunos segundos, dieron la voz de marcha, y me tomaron por los brazos. Por una reaccion nerviosa, saqué de mi naturaleza fuerzas desconocidas, y seguí trepando velozmente. Avancé tanto como la vez primera, y me abandonaron las fuerzas en seguida. Y me senté sobre una piedra.

Los beduinos hablaban frances, y me refirieron multitud de historias. Un chico que habia subido con nosotros, me presentó un botellon de agua fresca, que yo tomé febrilmente y apliqué á mis labios con ánsia. Dos de mis conductores entretanto me frotaban las piernas con las manos, cosa que en verdad me hacia un bien muy grande.

Uno de ellos que tenia cierta autoridad sobre los otros, y era blanco, rubio y de hermoso tipo, me dijo que era médico y se llamaba Mahmud; que no habia enfermedad que no sanara, y hablaba todas las lenguas del mundo. Yo sonreía al escucharlo, porque no tenia valor de responder palabra; mientras dirigia mis miradas hácia abajo, y veía cuatro ó seis viajeros que sostenidos por sus guías respectivos comenzaban como yo la ascension laboriosamente.

Entretanto las irlandesas no habian hecho la cuarta parte de mi camino, y eran tiradas, empujadas y oprimidas en todos sentidos y maneras por los guías que las ayudaban, y se desternillaban al mismo tiempo de risa. En efecto, las irlandesas eran grandes, gruesas y pesadas, y no estaban en el primer Abril de sus años; así, que su volúmen, sus desordenadas ropas, y el gesto de sus semblantes hacían de ellas una verdadera pantomima. A mí me causó la escena lástima, y me atreví por lo mismo á gritarles desde mi asiento no era conveniente que subieran, y harían mejor en descender y admirar las Pirámides desde el suelo.

Seguramente se hallaban ya muy extenuadas por la fatiga, pues á pesar de haber ascendido hasta la cumbre del Vesubio, me contestaron que tenia razon y que iban á descender en el acto. Efectivamente bajaron luego, y yo me sentí satisfecho como si hubiera púesto en práctica una buena obra. Pues en verdad os digo, lectores, por lo que observé en aquel instante, que si vais á las Pirámides y permitís que vuestra madre, mujer, hermana ó sér cualquiera del sexo bello á quien ameís, ascienda por ellas, hareís un disparate; porque debeís imagináros que hay escalones que miden un metro veinte centímetros de altura, que son en número de doscientos seis, y que los árabes conductores están bien lejos de ser tan medidos y comedidos como los monjes de la Trapa.

De buen grado habria reposado tiempo mas largo, pero los árabes no me lo permitieron, é hicieron la señal de marcha. Preciso me fué seguir adelante por no confesar mi derrota. Al cabo de breve espacio me sentí desfallecido, y pretendí sentarme. Pero aun este consuelo me fué negado. Mahmud me dijo que faltaba muy poco para llegar al tope de la pirámide, y supliendo mi fuerza con la que á él y á sus compañeros sobraba, me obligó á continuar la ascension. Y como mis piernas me obedecían escasamente, fué subido mi cuerpo sobre los de los cuatro conductores. En esta última parte de la ascension representé el papel de un fardo. El exceso del cansancio me

había ocasionado un vértigo, y me sentía arrastrar hácia la cumbre como si fuera presa de un sueño. Mi ascension fué rápida. Dos árabes caminaban delante, trepaban sobre los altos escalones y tiraban de mí, en tanto que otros dos me levantaban empujándome por la espalda. En medio de esta fatigosa ascension los conductores cantaban con voz monótona y acompasada, á la vez que yo los acompañaba con la mia maquinalmente.

De repente me encontré sobre la plataforma, cuando menos lo esperaba, y sin que en esto hubiera tenido la menor parte el esfuerzo de mis músculos. Los guías prorumpieron en aclamaciones y aplausos, como si trataran de celebrar mi pujanza. Era aquella una adulacion que parecia burla. Pero insensible yo por entonces así á los piques del amor propio como á los de la gloria, escuché aquel ruido con oídos indiferentes, y me dejé caer sobre una piedra desmayado y exánime.

Verdaderamente el nombre de pirámide es muy apropiado á este coloso, puesto que pirámide se deriva de «pirama,» que en copto quiere decir altura.

Las Pirámides de Ghiza son tres, la mas grande es llamada de Cheops, la segunda de Cefren y la tercera de Mancerino, y tienen de altura 146, 136 y 100 metros. La primera, sobre la cual me encontraba, ocupa una superficie total de 54,149 metros cuadrados; su volumen pasa de 20.000,000 de metros cúbicos. Napoleon el Grande calculaba que con la piedra empleada en esta construccion podria formarse una muralla alrededor de la España.

Esta obra gigantesca, coloso del trabajo humano, fué concluida por el pueblo israelita cuando esclavo en esta tierra, era empleado por los Faraones en las faenas mas rudas é inhumanas. Porque los monarcas egipcios, mirando que el pueblo de Israel se multiplicaba en gran manera, trataban de poner dique á su crecimiento, consagrándolo á bárbaras tareas.

Cien mil obreros trabajaron en la construccion de las Pirámides, y eran relevados por otros en igual número, de tres en tres meses.

Diez años fueron empleados en cortar la piedra en la Arabia y la Etiopia, y conducirla hasta Egipto; y veinte en la construccion de la obra.

En tanto que anhelante y desfallecido reposaba sentado en lo mas alto de la pirámide, y que mis miradas divagaban por la inmensa llanura que se extendia á mis plantas, preguntábame en mi interior, como tantos otros se lo han preguntado, qué objeto podrian haber tenido en la antigüedad estos enormes monumentos.

Se supone que fueron construidos con el fin de que sirvieran de diques á la arena del Desierto, que levantada por el viento tiende constantemente á invadir las llanuras fértiles. Tal aserto, en mi entender, no es verosímil, pues estas construccion son asaz pesadas para diques, y su forma es de todas la menos á propósito para el efecto. Una muralla, menos costosa evidentemente, hubiera sido natural y lógica del todo.

Se dice tambien que servian como fuertes de guerra, y que los egipcios se refugiaban en su plataforma cuando eran vencidos, para resistir á sus enemigos. Esta opinion es mas absurda todavía. En la plataforma de la Pirámide mas grande no pueden encontrarse á la vez mas de cincuenta hombres. ¿Era posible que pudiera subir allí para defenderse un ejército?

Se pretende asimismo mirar en ellos las gigantescas tumbas que se hubieran hecho levantar desde en vida los soberbios monarcas de un pueblo grande y poderoso. Este parecer ha sido admitido hasta aquí casi sin disputa, en razon de que se han encontrado cadáveres en el seno de alguna pirámide. Sin embargo, comienza á dudarse al presente, porque se ha observado que es mayor el número de las pirámides vacías.

Ultimamente ha publicado Mahmud-Bey, astrónomo del Khédive, una noticia sobre la edad y objeto de las Pirámides. Este erudito asegura que fueron construidas hace mas de cincuenta siglos, y que en su origen fueron consagradas á Sothis, guardian y juez de los